Nosotros y los otros: Vasconcelos en Uruguay y Chile

PABLO YANKELEVICH

En los últimos meses de 1922 José Vasconcelos encabezó una misión oficial a Brasil y Argentina. La representación de México en las fiestas del centenario de la independencia brasileña y la ceremonia de relevo presidencial en Buenos Aires fueron motivo de un impresionante despliegue de más de cuatrocientas personas entre cadetes del ejército y la armada, aviadores, funcionarios y músicos de una orquesta militar y de otra típica.

Aprovechando este viaje, el entonces secretario de Educación del presidente Obregón improvisó dos cortas visitas, una a Uruguay y otra a Chile. Mientras las noticias de esta gira eran profusamente difundidas en la prensa nacional, el propio Vasconcelos anotaba sus impresiones que más tarde publicaría a manera de apéndice a *La raza cósmica*, cuya edición original de 1925 tuvo el subtítulo de "Notas de viaje a la América del Sur". En aquel apéndice dejó constancias de sus vivencias y reflexiones en torno a los cuatro países visitados; sin embargo en las ediciones posteriores a 1927, el subtítulo sólo indica "Argentina y Brasil"; de un plumazo entonces hizo desaparecer las casi cincuenta páginas de su recorrido entre uruguayos y chilenos.

A mediados de septiembre de 1922, Vasconcelos daba por concluida la misión en Brasil. El grueso de la delegación se embarcó rumbo a Montevideo y por tren el secretario de Educación se dirigió a Uruguay. En un vagón especialmente fletado por el gobierno brasileño, compartió el recorrido con el profesor universitario y militante socialista argentino Alfredo Palacios. Durante una semana dialogaron sobre política mexicana y latinoamericana en una excursión que sirvió para tender un vínculo que, poco después, se estrecharía durante la visita de Vasconcelos a Argentina. "Escuchando lo que yo exponía como planes de la Revolución mexicana, cualquiera hubiera creído que México poseía realmente instituciones socialistas", escribió años más tarde.[1]

Una serie de circunstancias se conjugaron para que, en los cinco días que permaneció en Uruguay, Vasconcelos dejara constancia de una desagradable impresión, emitiendo juicios sobre la realidad uruguaya, mucho de ellos sin más fundamentos que sus propias observaciones. En efecto, a finales de septiembre de 1922, el secretario de Educación Pública cruzó la frontera brasileña-uruguaya. La presencia en el tren del general Brieva, jefe del Estado Mayor chileno, obligó a que en el puesto fronterizo el ejército uruguayo rindiera los honores del caso. "Por este motivo pasamos por entre pobres gentes que formadas en líneas rectas, presentaban rifles y no debían ni parpadear, ni sonreír, ni pensar." Vasconcelos dedujo la existencia de una poderosa institución militar en Uruguay: "causaba mal efecto ver tanto botón dorado de oficialidad dispendiosa", y mucho más, de tomar en cuenta la ausencia de un ceremonial específico dedicado al visitante, "mi estado de ánimo era de lo más cordial, pero se hacen mal los países que mandan soldados en recibimiento de los extranjeros" porque "ante aquellos ademanes de autómatas, el afecto se hiela y lo único que se desea es salir pronto de un trance molesto". Al disgusto causado por tanto militar, agregó la tristeza y miseria de "los niños que acuden al paso del tren" e inmediatamente creyó descubrir la causa: el latifundio "con su corolario de esclavitud".[2]

[1] José Vasconcelos, *La raza cósmica*, Agencia Mundial de Librería, Barcelona, 1925, p. 133.

[2] *Op. cit.*, p.141.

En su recorrido por el extremo sur del continente pareció dispuesto a constatar los efectos de "las tres maldiciones de la América española": el ejército, el latifundio y el clero. "En el Uruguay se vuelven a hacer presentes las dos últimas calamidades. El clero en cambio, parece que ha sido bien castigado, lo que merece un elogio." Las críticas de Vasconcelos se extendieron tanto al gobernante Partido Colorado como a su líder y ex presidente José Batlle Ordoñez, básicamente "por no haber tocado el problema agrario, debido a que aún subsisten los grandes estancieros y el capital está en muy pocas manos".[3]

La molestias de Vasconcelos en buena medida se debieron a la improvisación con que fue planeada aquella escala. La ausencia de ceremonias y agasajos oficiales fue interpretada como un "exceso de condescendencia a la legación yanqui" en función de "que por aquellos días privaba en las esferas oficiales del Uruguay la doctrina panamericana, en oposición, casi bélica, a la doctrina iberoamericana".[4]

A pesar de las opiniones del *ilustre* visitante, nada de lo anterior opacó el ambiente festivo del desembarco y posterior desfile militar de los cadetes mexicanos. Por su parte, las presentaciones de los músicos y cantantes fueron todo un éxito, al punto que el teatro "resultó insuficiente para contener la enorme cantidad de gente".[5] Vasconcelos y sus colaboradores se entrevistaron con el presidente Baltasar Brum, visitaron escuelas primarias e instalaciones universitarias. No hubo conferencias, sólo discusiones en privado donde se cuestionó sus proposiciones acerca de la raza cósmica. "El Uruguay me desilusionó un poco por la gran ilusión que yo llevaba", cierto regionalismo inhibía "el aliento continental de Rodó"; aunque el balance final resultó positivo: "Uruguay es un pueblo libre", jamás toleraría el despotismo, "su raza es pura, casi exclusivamente blanca" y en realidad "de todos los pueblos de la América del Sur es el que menos se parece a nosotros". Como era de suponer, en el ámbito universitario halló reservas suficientes para defender cuestiones iberoamericanas y en general "a pesar de ciertas incomodidades morales, encontré camaradería afectuosa y franca".[6]

De Montevideo pasó a Buenos Aires, y allí quedó fascinado por el cosmopolitismo de la gran ciudad. Tras un mes de intensas actividades partió a Chile, y los cuatro días que permaneció en Santiago trascurrieron en un ambiente que mal escondió el disgusto oficial ante expresiones de un visitante poco acostumbrado a la "prudencia" diplomática.

Antes de su llegada, la prensa chilena, con ayuda de la legación de México, difundió los antecedentes personales de Vasconcelos, como las principales líneas de su gestión al frente de la política educativa mexicana.[7] En las palabras del crítico literario Armando Donoso, hicieron eco las opiniones de buena parte de la intelectualiad hispanoamericana: "Vasconcelos nos recuerda que nuestro progreso no debe hacernos olvidar la necesaria unión latinoamericana frente a los peligros de los dominios extraños. El caso de México importa como una noble lección y la palabra de portavoces como Vasconcelos son una advertencia y un ejemplo que no debemos desperdiciar."[8]

El visitante percibió un clima político tenso. El programa reformista que había permitido a Arturo Alessandri ascender a la presidencia se hallaba bloqueado por la oposición conservadora en el Congreso. De este modo, no tardó en descubrir las deformaciones de un ordenamiento político donde el presidente "resulta un jefe de paja que no se

[3] *Ibid.*, pp. 142-144. Las apreciaciones sobre el militarismo, el latifundio y el Partido Colorado, fueron objeto de una seria crítica por parte de J. Óscar Cosco Montaldo, quien sin "ocultar su filiación batllista" rebatió los apresurados juicios de Vasconcelos. Cosco publicó su artículo "El Uruguay desfigurado por Vasconcelos. Observaciones al margen de la Raza Cósmica", en *Nosotros*, Buenos Aires, año XX, núm, 206, agosto de 1926, pp. 495-516.

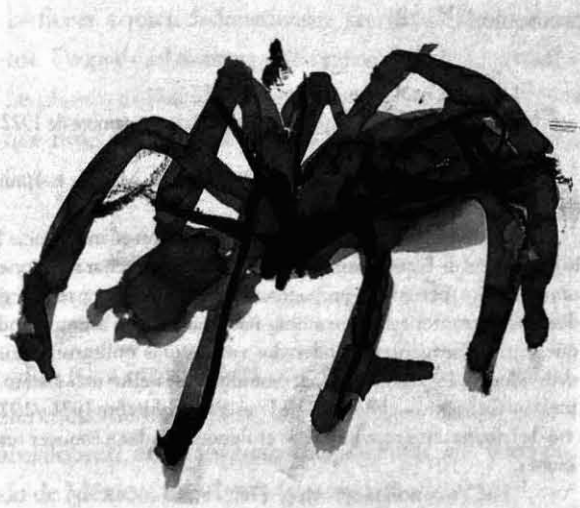
[4] José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 144. Vasconcelos fundó su "enojo" en el hecho de que los diarios de Montevideo se negaron a reproducir el discurso que pronunció en Brasil al entregar una réplica de la estatua de Cuauhtémoc. El secretario de Educación Pública, calificando su discurso como verdadera "declaración política mexicana", entendió aquella negativa como un rechazo al "nacionalismo iberoamericano" que propugnaba México.

[5] Archivo Histórico-Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, Uruguay, Exp. 21-5-61, f.1

[6] José Vasconcelos, *op. cit.*, pp. 144-148.

[7] *El Diario Ilustrado*, Santiago de Chile, 30 de octubre de 1922.

[8] *El Mercurio*, Santiago de Chile, 2 de noviembre de 1922.



imponía a los ministros, ni podía pasar sobre las resoluciones del Congreso", un presidente "sitiado" por el poder de una "oligárquica terrateniente".[9] Junto a ello, la soberbia de los jefes militares, guiando una visita que colocó a Vasconcelos frente a trofeos capturados durante la guerra chileno-peruana, terminó por oscurecer su visión del gobierno, activando un encendido antimilitarismo. Ante posturas patrioteras del ejército chileno, proclamó que "la patria es un sentimiento demasiado pequeño para los corazones libres", manifestó su creencia de que "la nacionalidad es un forma caduca", que debía superarse por "un internacionalismo" donde todas las razas "tengan derecho a organizarse social y políticamente conforme a sus simpatías y gustos".[10]

Las palabras de Vasconcelos "causaron extrañeza en la concurrencia" sobre todo porque recordaban ideas defendidas "por elementos indeseables".[11] "Huésped molesto" lo calificaron "órganos destacados de la prensa chilena".[12] Lejos de amedrentarse, Vasconcelos inclinó sus simpatías por la Federación de Estudiantes de Chile, de marcado tono antigobiernista, frente a la Federación Nacional de Estudiantes Chilenos, organización oficialista que visitó sólo por cortesía.[13] Los estudiantes "rebeldes" le extendieron una invitación para que pronunciara una conferencia; enteradas de ello, las autoridades trataron de disuadirlo, comunicando que el recinto universitario había sido negado para la realización del acto, al tiempo que el mismo general Brieva pasó a indicarle que "los estudiantes se hallan peligrosamente excitados a causa de las prédicas bolcheviques y antipatriotas que llegaban de fuera y que por lo mismo consideraba prudente que yo me abstuviera de hablarles". Ante una nueva negativa de Vasconcelos, el militar "amenazante" advirtió que en caso de desmanes se vería obligado a conservar el orden, "y ya usted sabe, las balas no conocen protocolos".[14]

De nada valieron las amenazas. El 3 de noviembre, los estudiantes ingresaron a la Universidad, tomaron el salón de actos donde Vasconcelos pronunció su conferencia, en la cual realizó un largo recorrido por causas, personajes y anécdotas de la Revolución de 1910, "para ir pintando situaciones idénticas a las que creía existían en Chile".[15] Así, pasó revista al problema del latifundio, a la supervivencia del poder clerical, habló de reforma agraria, de salarios mínimos y explicó cómo en defensa de todas las injusticias siempre se alza el ejército, "este mal que en México, como en otras latitudes ha sido el instrumento de que se han servido todos los opresores".[16] La prensa chilena endureció sus ataques acusándolo de agitador;[17] Vasconcelos, mientras tanto, en una reunión con artistas, escritores y periodistas volvió sobre el tema de los militares: "son una fuerza inconsciente, que no sabe a dónde va ni quién la maneja, la desgracia de México, la desgracia de Chile, la desgracia de la América Latina, consiste en que hemos estado gobernados por la espada y no por la inteligencia". La alternativa debía partir de "los soldados del ideal", las fuerzas que él mismo creía representar, "tarde o temprano, los otros, los inconscientes, tendrán que seguir la ruta que les marquemos nosotros".[18]

De inmediato Vasconcelos retornó a Buenos Aires para iniciar el viaje de vuelta a México. Los acontecimientos posteriores vinieron a confirmar sus predicciones. Hacia 1924, un golpe militar derrocó a Arturo Alessandri; su reinstalación en la presidencia, un año más tarde, no hizo más que confirmar el avance de la institución militar en la vida política chilena. Y en México, también en aquel año, Vasconcelos se alejó de las filas del obregonismo. En su proyecto de capitanear a los "soldados del ideal", los "otros" volvieron una y otra vez a imponerse sobre aquel "nosotros", colectivo intelectual, encarnación de la utopía arielista que Vasconcelos creyó poder materializar en su campaña de 1929. Sin embargo, esta experiencia electoral fracturó de una vez y para siempre el pensamiento y la acción del hasta entonces *maestro de la juventud*. Resentido y amargado se empeñó en borrar las huellas de sus propias palabras, en no dejar rastro de la insolencia y el desenfado con que alguna vez trató a militares, curas y terratenientes en el sur de América Latina. ◆

---

[9] José Vasconcelos, *op. cit.*, pp. 252-253.

[10] *El Diario Ilustrado*, Santiago de Chile, 2 de noviembre de 1922.

[11] *Ibid.*

[12] *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, México, t. 1, núm. 3, enero de 1923, p. 734.

[13] Las divisiones en el estudiantado estallaron cuando, hacia 1921, la Federación de Estudiantes de Chile resolvió estrechar relaciones con universitarios peruanos, propugnando una solución pacífica de las diferencias fronterizas entre ambas nacionales. Este asunto condujo a que sectores dirigentes abanderados en posturas militaristas acusaran de traidores a los estudiantes, desatando contra ellos una sostenida represión. En México, el *Boletín de la Universidad*, durante 1921 y 1922, sirvió de tribuna a los universitarios chilenos para dar a conocer sus posiciones.

[14] José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 276.

[15] *Ibid.*, p. 277.

[16] *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, México, t. 1. núm. 3, enero de 1923, p. 750.

[17] *El Diario Ilustrado*, Santiago de Chile, 5 de noviembre de 1922.

[18] José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 281.